

La dama del lago

Lorine Mathialagan y Manon Duval

Première section euro

En octubre de 1867, Malina y Felipe, una pareja de recién casados, se mudaron a un pequeño pueblo llamado Seira, de ochocientos habitantes, que estaba aislado del mundo exterior. No era el típico rincón del paraíso que suelen buscar las parejas. Pero los amantes buscaban paz y tranquilidad, y pensaron que podrían encontrarlas en una casa de campo, lejos de todo. Les sorprendió que encontraran un anuncio de una gran casa señorial en venta, en la campiña inglesa, por un módico precio. La residencia contaba con tres plantas, ocho habitaciones y un jardín que parecía extenderse más allá del horizonte. Al principio, la pareja desconfiaba un poco. ¿Cómo podía ser que una casa tan bonita fuera tan barata? Pero se enamoraron de la morada desde el primer momento que la vieron. Al fondo del jardín, había un gran lago que parecía abandonado desde hacía mucho tiempo. Tenía algo intrigante. Estaba rodeado de árboles y cubierto de una niebla espesa los días en los que el cielo estaba encapotado, parecía que había salido directamente de un cuento de hadas, lo que le confería un encanto hipnótico.

La primera semana que pasaron en la mansión fue como un sueño para la pareja. Los días eran tranquilos y las noches apacibles, de ahí que no salieran de la residencia ni una sola vez. A la semana siguiente, Felipe tenía que volver a trabajar en la ciudad, por lo que se marchó unos días, y dejó a Malina sola en la casa. Como estaba aburrida, decidió invitar a la anciana que vivía en la casa de al lado a tomar el té. Conforme iban charlando, la anciana parecía cada vez más incómoda, hasta que acabaron hablando sobre el lago del jardín. «Oh, jovencita, debo advertirte del peligro que corres. Hay una razón por la que nadie quería comprar esta casa. El lago está embrujado. Dicen que hace cien años, una joven murió ahogada por su marido, en ese mismo lago. Era tan infeliz que su alma no podía salir de la propiedad. Desde entonces, persigue a los huéspedes de la casa y se asegura de que nadie sea feliz. Por la noche, emerge del lago y deambula por los pasillos. Si tienes la mala suerte de toparse con ella, te arrastrará hasta el lago y te sumergirá bajo el agua con ella, guardando celosamente tu alma hasta la eternidad». Al principio, Malina no la creyó. Las leyendas de ese tipo no la asustaban sino que la intrigaban. Esa noche, no

conseguía conciliar el sueño. Decidió ir a la cocina y tomar un vaso de leche. La casa parecía tan tranquila que no pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar en la conversación que había mantenido con la vecina. Mientras caminaba por la casa, se dio cuenta de algo que la dejó sin aliento. Vio unas huellas en el suelo, que iban desde la puerta principal hasta el segundo piso. Parecía que estaban hechas de barro. No, más bien, de limo. De repente, oyó un canto. Una voz femenina se le acercaba peligrosamente. Presa de pánico, corrió hasta su habitación e intentó dormirse.

A la mañana siguiente, todo estaba tranquilo y las huellas habían desaparecido. Malina se dijo que seguramente habría soñado, y decidió no llamar a su marido para no preocuparlo. Durante las siguientes noches, ocurrieron unos fenómenos que eran cada vez más intrigantes. Aparecían sombras en los pasillos, los objetos se caían, y siempre oía la misma voz femenina. Siempre cantaba la misma canción. Una noche, se armó de valor y volvió a la cocina. Abrió la nevera, sacó la botella de leche y se sirvió un vaso. Antes de que pudiera subir a su habitación, oyó la voz que se acercaba de nuevo. Se le cayó el vaso, que se hizo añicos en el suelo, cuando, de repente, apareció una mujer en la puerta. Estaba pálida como el mármol. Vestía una tela blanca, y sus rasgos eran borrosos, como si no tuviera rostro. Cuando la mujer se le acercó, Malina gritó con todas sus fuerzas. Mientras le rozaba el cuello con la mano, sonó el timbre de la puerta. La figura blanquecina se dio la vuelta y desapareció en un abrir y cerrar de ojos por los oscuros pasillos de la mansión. Malina se quedó paralizada durante unos segundos, sin saber qué hacer. De repente, cogió un cuchillo y fue a abrirle la puerta al misterioso visitante. Era Felipe. Se quedó perplejo al verla con el cuchillo, por lo que no tuvo más remedio que contárselo todo. Este la tranquilizó diciéndole que debía de tratarse de una broma pesada del vecino o, simplemente, había sido producto de su imaginación. Después de esa noche, los fenómenos extraños cesaron.

Una semana después, la pareja volvió a su apacible vida cotidiana. Malina se sentía segura junto a Felipe. Una noche, se despertó al oír un grito que provenía de la planta baja. Cuando se levantó, se sorprendió al ver que estaba sola en la cama. Bajó las escaleras tan rápido como pudo, con el corazón desbocado, pero ya era demasiado tarde. La dama de blanco estaba arrastrando a Felipe hacia el fondo del jardín. Felipe le imploraba que lo ayudara y su voz tapó casi por completo el

macabro sonido de la canción que Malina ya se sabía de memoria. Corrió para alcanzarlos, pero llegaron antes que ella al borde del lago. Al ver a su amante, el pánico de Malina se convirtió en odio. No iba a dejar que esa mujer le robara al hombre que amaba. Se abalanzó sobre el fantasma, arrastrándolo con ella hasta el fondo. En ese momento, supo lo que tenía que hacer. Comenzó a tararear la famosa canción que la perseguía desde su llegada, mientras los pulmones se le llenaban de agua lentamente. Malina podía sentir que la dama de blanco se debilitaba a medida que se hundían en el agua helada. No dejó de cantar hasta que se consumió por completo. Al llegar al fondo del lago, miró por última vez a la superficie, y vislumbró la figura lejana de Felipe, justo antes de que cerrara los ojos definitivamente y fuera absorbida por la oscuridad.

Pasaron los años, y la vida retomó su curso en la mansión de Seira. El drama de octubre de 1867 se convirtió poco a poco en una mera leyenda urbana. Hacía tiempo que Felipe se había ido y nadie más sabía, realmente, lo que pasó esa noche. Aún hoy en día, cuentan que, de noche, una dama emerge del lago, de vez en cuando, y deambula por la casa, cantando, desesperadamente, en busca de su amante.